

Con gran complacencia fué acogida por los compañeros esta idea mía, que Tolosa Latour aplaudió y tuvo la amabilidad de calificarme de «feliz originalidad», ya que ni se le había ocurrido, ni había oído hablar hasta entonces de esta maniobra terapéutica.

Preparado lo necesario, procedimos el Dr. Jardón y yo a llevar a cabo nuestro lavado, abrigando desde luego poquísimas esperanzas de obtener un satisfactorio resultado principalmente por encontrarse la enfermita en un estado verdaderamente desesperado. Pero cual no sería nuestro asombro al observar desde el primer instante que aquel semi-cadáver empezaba por momentos a acusar manifestaciones de vida; cesaron las contracturas, se modificó el estrabismo, desapareció el opistótonos, adquirieron sus movimientos las extremidades, la cara contraída y de sufrimiento de la enfermita adquirió una franca expresión de bienestar y placidez y por último, una vez terminada nuestra maniobra tomó un vaso de leche y quedó descansando con sueño tranquilo y reparador. Una sola cosa nos contrarió, en medio de nuestra agradable sorpresa: El aspecto claro y transparente del líquido cefalo-raquídeo extraído, que indicaba, no me había equivocado por desgracia al diagnosticar de tuberculosa aquella meningitis.

En efecto, aquella mejoría fué pasando, volvieron a presentarse los síntomas desaparecidos y a las veinticuatro horas, el estado de la enfermita era igual al que tenía antes de practicarle el lavado. Sin embargo, volví a insistir, pero aunque disminuidos también los síntomas, la enferma no quedó, ni con mucho, en tan satisfactorio estado como el día anterior.

Después, el Laboratorio vino a confirmar el diagnóstico de tuberculosis meningea y ya no insistimos más, ¿para qué? La pobre paciente falleció unos días después en medio del cuadro de sufrimientos de esta terrible e incurable enfermedad.

Los halagadores resultados observados en este caso, me animaron a continuar practicando el lavado en cuantos en lo sucesivo tuviera ocasión de asistir, siempre que no fuesen clara y fácilmente diagnosticables de tuberculosos, en los que todo tratamiento resulta ineficaz.

Pocos he tratado, pues se reducen a cinco, no siendo por lo tanto suficientes para formar estadística, pero entre ellos puedo citar tres curados radicalmente: uno diagnosticado de meningitis colibacilar, consecutiva a una infección intestinal, que cedió al cuarto lavado practicado con suero Hayen; otro diagnosticado de meningitis estafilocócica consecutiva a una mastoiditis operada, en la que continuaron los síntomas que yo creía de meningismo, cediendo a los tres lavados practicados unos días después de operado el enfermo, y otro que acaso fuera una meningitis de meningococos a juzgar por el pus extraído, tan espeso, que obstruía la cánula, habien-

do necesidad de practicar la aspiración para extraerlo; este enfermo fué curado a los seis días de lavados, quedando como residuo una disbasia especial muy rebelde, que duró dos o tres meses, al cabo de los cuales el retorno a la salud fué completo.

Los otros dos enfermos, de diagnóstico dudoso, murieron, no practicando en ellos más que un lavado en el que el líquido extraído fué claro y transparente viniendo a aclarar el diagnóstico de meningitis tuberculosa.

La técnica empleada ha sido la siguiente: Se practica la punción en el punto clásico de la región lumbar, en perfectas condiciones de asepsia, estando sentado el enfermo o en decúbito lateral si la gravedad no le permitiese adoptar esta posición; se extraen 20 ó 30 gramos de líquido, se espera unos minutos y se introduce una cantidad igual de suero Hayen; nueva espera de dos o tres minutos para extraer 40 o 50 gramos de líquido, que se sustituye por igual cantidad de suero; espera de otros dos o tres minutos y repetición de la misma maniobra, extrayendo y sustituyendo igual cantidad de líquido.

Hecha tres veces esta manipulación, se deja la cánula libre hasta que salga todo el líquido que pueda salir, sustituyéndolo por una cantidad igual de suero, maniobra que se repite cuantas veces sean necesarias hasta que el líquido salga completamente claro, en cuyo momento se suspende la operación. La temperatura del suero debe oscilar entre 36° y 37° conservada teniendo introducida la ampolla en baño de María.

Esta operación debe repetirse cuantas veces la exija el estado del paciente, teniendo como norma únicamente, que los síntomas no lleguen a adquirir demasiada intensidad.

En el próximo número y con datos a la vista, aduciré las razones que me inducen a reclamar la prioridad del procedimiento practicado por mí la vez primera en 1909.

H. DOMINGUEZ

(Continuará)

Ante el cadáver de un niño

Perversidad, miseria, cobardía,

La muerte de un ser humano, resulta siempre un acto triste y desagradable. Pero si este ser es un niño en el principio de la vida, y si este niño es educado, dócil, aplicado y simpático, y si además constituye la única esperanza de unos padres buenos, trabajadores y honrados; entonces, esta sensación de tristeza y desagrado se centuplica y hace conturbarse el ánimo y contemplar con indisimulable dolor aquel cuadro de muerte y de amargura. Ante el cadáver del niño duermen las pasiones, los odios, los deseos de venganza, aun del hombre más ruín, depravado y

perverso, dejando sólo paso al dolor, al sentimiento, a la compasión.

Tal debe suceder y tal sucede siempre, salvo excepciones rarísimas. A las personas de buenos sentimientos, de corazón noble y de temple de alma, casi no se les ocurre hablar de nada ante el cadáver de un niño. El respeto que merece el estado de ánimo de los padres, hace enmudecer a los asistentes al duelo.

Pero por desgracia hay excepciones. Tal aconteció con motivo de la muerte del hijo del Conserje del Gran Casino, del infortunado Milla, del hombre bueno, del caballero, que aun en la clase de los humildes hay caballeros también. En aquel duelo, en aquel acto de pena y de dolor, hubo excepciones. Hubo lenguas viperinas, almas sin sentimientos, corazones rebosantes de odios, que no pudiendo contener sus vilezas, dando rienda suelta a la pasión, sin respetar lo sagrado del lugar y sin consideración a la familia, obligaron con sus irreverentes groserías al infortunado padre del niño muerto a salir a la defensa de un ausente ¡Allí, en su misma casa, en el acto del duelo, ante el cadáver de su hijo!

Alguien me atacó, como Médico que fuí de su hijo y el pobre padre salió en mi defensa. Mal hecho. Hiciste mal querido Milla. La inmunda sabandija o sabandijas, si fueron varios, que sin respeto a tí, ni al lugar donde estaba, profanó el sacratísimo cadáver de tu hijo, tratando de verter su baba ponzoñosa sobre tu médico ausente, no molesta con sus juicios. Los bichos son despreciables, nada más que despreciables, y si esos bichos son *bichas*, más despreciables aún, yo, si los veo, les escupo y sigo mi camino. Haber hecho tú lo mismo.

A los pertenecientes a esa raza inmunda que se cree superior a tí, les ciega el odio, les aturde la envidia, les enloquece el hecho de que tú, con libertad omnimoda, por necesidad o por capricho, puedas venir a mi casa a la hora que te plazca, a requerirme para que te siga y yo, muy gustoso, deje la comida o la cama, y marche contigo diligente. Claro que es, porque olvidan que tú eres una persona digna, aunque seas pobre y no les conviene creer que a las personas dignas las atiende yo en todo momento, del mismo modo que a las que no lo son las desprecio con toda mi alma. Eso es todo.

Así que, aun agradeciendo siempre, amigo Milla, tu buena intención, te suplico no me defiendas nunca. Del que hable de mí por delante, sé yo defenderme. Del que lo haga por detrás no necesito defensa. Ya me has oído decir mil veces, el regocijo inmenso que para mí supone el hecho de verme censurado y combatido por ciertos seres. Esa es la prueba más demostrativa de que no soy como ellos. Si lo fuera, no lo quiera Dios, me aplaudirían y entonces, desgraciado de mí.

Déjalos, déjalos que ladien. Es su lenguaje. Y lo utilizan hasta en los duelos.

H. DOMINGUEZ